



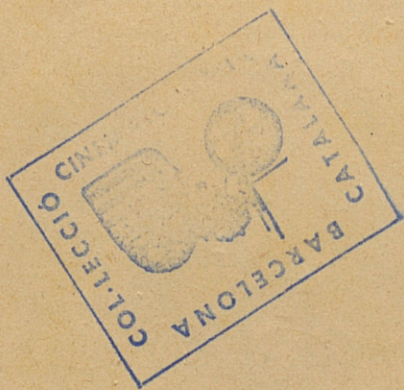
CÓMO NACE UNA PASIÓN

POR

BEBÉ DANIELS

N.º 48

30 cts.



La Novela Femenina Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas.

*Redacción y Administración:
Diputación, 292. - Barcelona*

Año I

Núm. 48

CÓMO NACE UNA PASIÓN

*Interesante novela
de sugestivo asunto,
interpretada por la genial
artista americana
BEBÉ DANIELS*

Exclusivas

JULIO-CÉSAR, S. A.

Aragón, 316. · Teléfono 1722-S. P. BARCELONA



Cómo nace una pasión

Argumento de la película

La acción de esta comedia de amor y de intriga se desarrolla en Cuba, donde los norteamericanos luchan con el carácter de los habitantes de la isla en cuyas venas hierve sangre española, de hidalgos y aventureros, que les hace conducirse aún como barco sin rumbo en medio de la niebla.

Puertos de la isla que permanecieron inactivos durante muchos años, se hallan ahora en pleno desarrollo y se trabaja en ellos al calor de una botella de buen ron.

En Cuba, como en otros países, hay puntos de la costa donde gentes que viven al margen de la ley, preparan alijos a los contrabandistas.

Amós Hasting, un norteamericano que llevaba veinte años establecido en Cuba, tenía en el ron un buen negocio y un buen remedio.

La ley seca en los Estados Unidos favorecía grandemente sus intereses, pues cargamentos completos de buen vino entraban de contrabando en ignorados rincones de aquel país.

Este peligroso negocio giraba bajo la inme-

diata inspección de José Lavendera, un cubano amigo de los Hasting que se encargaba de transportar con el menor riesgo centenares de cajas de ron.

Amós Hasting estaba casado con una española, doña Isabel Martínez García, y tenía una hija, Inés, un temperamento genuinamente español educado a estilo norteamericano.

La dicha de Amós hubiera sido completa de no vivir doña Consuelo García, viuda de Martínez, la madre de Isabel, una española de pura cepa y que no acababa de resignarse a tener por yerno a un yanqui.

Inés era la chiquilla traviesa, muchacha inquieta como un manojillo de nervios que se hallaba en la edad en que todas las mujeres sueñan con las más gratas aventuras.

Acababa de salir al jardín de su magnífico caserón. El hijo del colono, que conocía de qué pie flaqueaba la pequeña, fué al encuentro de la señorita, llevando uno de los gallos amaestrados para una próxima pelea.

Inés era una entusiasta de la riña de gallos. Sus padres habían tenido que moderar otras veces sus ímpetus, pues se empeñaba en asistir a los combates y tomar parte en apuestas como los otros jugadores. Tenía varios gallos en el corral que preparaba para aquellas singulares luchas.

—Señorita—le dijo el muchacho—. Esta noche hay pelea. Lea usted el prospecto.

Inés leyó el anuncio de una gran pelea de gallos que tendría lugar por la noche en el

Rancho Margarita. Lo que más le agradó fué la noticia de que "Enrique Cabrera, propietario del nunca derrotado gallo Hércules, apostaba la suma de veinte pesetas contra cual-



Inés era la chiquilla traviesa, muchacha inquieta como un manojillo de nervios...

quier contrincante que se le presentase."

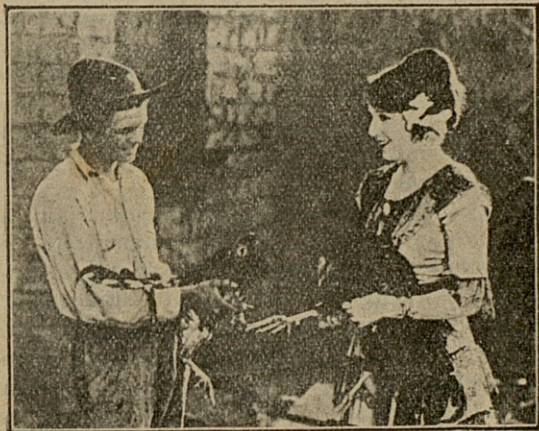
—¡Ah! pues ésta es la ocasión. Prepara dos caballos y espérame por la noche junto al huerto. Luchará nuestro "Triunfador" contra ese

"Hércules" famoso. ¿Tú crees que ganaremos?

—Con toda seguridad, señorita.

—Pues esta noche se las va a ver mi gallo con el mejor de Cuba.

Y mientras Inés y el muchacho sostenían esta conversación, en el despacho de don Amós Hastings, el cubano Lavendera exponía sus



Tenía varios gallos en el corral que preparaba para aquellas singulares luchas.

pretensiones.

—No desconoce usted, señor Hastings, la admiración que siento hacia su encantadora hija. ¿Me sería permitido aspirar a su mano?

Quedó Hastings inmovilizado por la sorpresa. No esperaba aquella declaración. Y con-

testó con sequedad y firme deseo de evitar nuevas discusiones:

—De ninguna manera. Como hombre de negocios es usted pasable, amigo Lavendera, pero como yerno, no...

—Sin embargo, yo me había atrevido a esperar...

—Ni una palabra, se lo ruego.

Y salió dando por terminada la entrevista. Conocía demasiado al cubano para darle lo que más quería en la tierra: su Inés. Hombre sin escrúpulos, capaz de todo cuanto se trataba de negocios, era bueno para sortear los peligros del contrabando, pero jamás querría emparentar con él.

Lavendera quedó muy contrariado por la negativa de Hasting. Estaba enamorado de Inés aunque nunca había confesado a la muchacha el cariño que le inspiraba. Este amor era alentado por tiernos consejos de la abuela. Doña Consuelo, que desconocía la vida poco recomendable de José, sentía por él, a causa de su nacionalidad cubana, una simpatía irresistible. Le hubiera dado de muy buena gana a su nieta.

Absorto se hallaba Lavendera en sus meditaciones cuando entró en el despacho doña Consuelo.

—Siento mucho comunicar a usted, señora —dijo el cubano—, que el buen concepto que tiene formado de mí juzgándome un buen partido para su nieta, no es compartido por el señor Hasting.

La vieja hizo un gesto de disgusto y le contestó:

—No desconfíe... Hasta que yo no abandone su causa, no la considere perdida...

Y le despidió, alentándole con grandes esperanzas. ¡Ah, el antipático yerno! ¿Es que quería para yerno alguno de aquellos norteamericanos que parecían monigotes? Pues mientras ella pudiera dejar oír su voz, aseguraría que Lavendera era el mejor partido para Inés.

Transcurrió la cena sin incidentes. Doña Consuelo aguardaba el momento oportuno para interesarse en favor de Pepe.

Inés se metió en cama esperando el instante propicio para escaparse a presenciar la riña de gallos.

La madre entró en el cuarto a darle las buenas noches...

—¿Qué haces con la luz encendida, Inés?

—Repaso mis lecciones, mamá...

—Pues no te canses mucho y ponte a dormir...

Cuando consideró que era llegada la hora, de puntillas, vestida de hombre, el cabello recogido dentro de un amplio sombrero, saltó por el balcón, dirigiéndose al patio donde ya la esperaba con dos caballos el hijo del colono.

—Aprisa que llegaremos tarde.

Y emprendieron un fantástico galope por los campos dormidos, bajo la luz ardiente de la noche tropical.

En el Rancho Margarita la pelea de gallos

había llegado al momento de mayor emoción. Blancos y negros sentían por ese deporte una adoración de fanáticos. Jugábanse crecidas apuestas.

Entre los espectadores se encontraba Rush Thompson, Agente secreto de la policía de los Estados Unidos que había llegado a Cuba encargado de una misión especial. Tenía que averiguar el origen del clandestino negocio del alcohol.

Hallándose aburrido media hora antes en el Club Americano de la Habana, alguien le propuso fuera a ver una riña de gallos, el deporte popular de Cuba. Y fué, con el deseo de conocer algo nuevo, al Rancho Margarita, siguiendo con interés creciente las peripecias y el entusiasmo ardoroso de los espectadores.

Inés, bajo su disfraz de hombre, llegó dispuesta a que su gallo "Triunfador" luchase con "Hércules".

—A ver, ¿quién apuesta por mi "Triunfador"? Es el mejor gallo de Cuba.

El anuncio de un espectáculo nuevo enardecía a los hombres del rancho. Algunos apostaron por el recién llegado, pero otros mostraban sus preferencias por "Hércules".

Rush sonreía ante los gritos de combate y algazara juvenil de Inés que se encontraba a su lado. Ella, mirándole, le dijo:

—Apueste por él, señor. Este gallo no puede perder nunca...

Y Rush apostó. Ya en la liza, frente a frente, las dos bestias, predispuestas de antemano

a la lucha, se atacaban con sus espolones de acero. Unos minutos después ambos gallos sangraban por los ojos y por el cuello.

El dueño de "Hércules" no las tenía todas consigo. ¡Caramba! No quería pagar un céntimo si salía derrotado su ídolo. Y para evitar que su gallo fuera vencido, comenzó a tirar polvillo de pimienta a los ojos de "Triunfador".

Inés advirtió la maniobra y musitó al hijo del colono:

—Ten cuidado que me parece que le está echando pimienta en los ojos de nuestro campeón.

—Sí, ya lo he visto... ¡Eh, caballero! ¿por qué echa usted pimienta a nuestro gallo?

—¡Falso, falso! Esto es mentira... Lo dicen ustedes para ahorrarse el pago de apuestas, pues van a perder...

De los gritos vinieron los insultos y de las palabras gruesas se pasó a los hechos. El dueño del gallo "Hércules" había hecho correr la especie de que el chico no llevaba dinero. Y aquella manada de hombres cayó sobre Inés y el hijo del colono, creyendo sus intereses en peligro.

Rush quiso defender a Inés, diciendo:

—Hagan el favor de no meterse con él. Yo pagaré las apuestas de este muchacho.

Pero su intervención fué inútil... En el ardor de la general pelea, se le cayó a la muchacha el sombrero, desatándose su espléndida cabellera que denunció a aquel grupo de hom-

bres la presencia de una mujer. Los ojos brillaron con súbita luz de codicia. Por los rudos cerebros de aquellas gentes de trabajo y de vino, excitados por el calor y la fiebre de la noche, pasó la vieja idea de la mujer, el culto primitivo de todas las razas. Y quisieron caer sobre ella con hambre de bestias en celo.

También Rush quedó sorprendido ante el inesperado acontecimiento. Vió una mágica luz en aquellos hermosos ojos y le conturbó la negra cabellera con su manto de perfume.

Inés no era chiquilla capaz de arredrarse ante nada. De un salto ganó la puerta y emprendió una carrera desenfrenada para librarse de las turbas. Dió, después de grandes esfuerzos, con los dos caballos, y montando en el suyo galopó en dirección a su casa. Rush, que la había defendido de la agresión, súbitamente interesado por el enigma que encerraba aquella mujer, siguió a la muchacha, subiendo en el otro caballo y alcanzándola junto a la finca de don Amós.

Agradeció la chiquilla con una sonrisa la presencia del único hombre que se mostró bueno en aquellos momentos y cambiaron varias palabras de simpatía antes de despedirse.

—Confío en que volveremos a vernos, ¿no es verdad?—preguntó Rush.

—Es muy posible — contestó ella con una tiernísima mirada...

Pero durante su ausencia había ocurrido algo muy interesante en casa de Hastings.

La abuelita entró en el cuarto de Inés como

hacia algunas noches. Con extrañeza miró la cama vacía. Viendo el armario abierto creyó que estaba escondida allí. Pero palpó entre las ropas, registró todos los rincones, y nada. Inés había desaparecido. El corazón de la vieja comenzó a latir, tembloroso. Y bajó corriendo a anunciar la misteriosa fuga.

—La muchacha no está en casa—dijo mirando fijamente a su yerno—. Este es el resultado de tus absurdas teorías sobre la libertad americana.

Los esposos se asustaron. Pero recordando que aquella noche había riña de gallos, el padre se tranquilizó:

—Esta Inés es inaguantable. Estoy seguro de que habrá ido a la riña de gallos como ya hizo otras veces. Hay que espabilarla seriamente.

Su esposa Isabel lloraba, temiendo que pudiera ocurrir algo desagradable a su hija.

Doña Consuelo comentó:

—Lo que aquí pasa es que Inés debería estar casada, y claro que con nadie mejor que con Pepe Lavendera.

—Antes la prefiero soltera toda la vida—replicó Amós.

—No sé por qué. Lavendera es un excelente partido.

Hastings, que no quería entablar discusiones con su "pacífica" mamá política, se dirigió al cuarto de Inés y sentóse junto a la cama esperando el regreso de la muchacha.

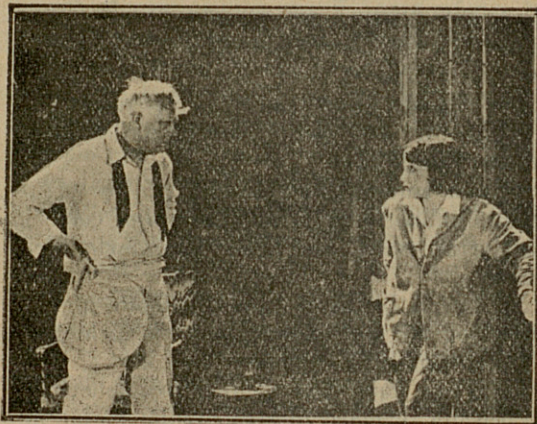
Inés, sigilosamente, entró por el balcón, y

fué a encender la luz de su cuarto, diciéndose a sí misma:

—Por suerte, nadie me ha oído...

Pero... al iluminarse la alcoba, su sorpresa fué mayúscula cuando se encontró con su respetable papá que la miraba friamente.

—¿De dónde vienes? ¿Cómo te atreves a sa-



—¿De dónde vienes? ¿Cómo te atreves a salir de noche, sola?

lir de noche, sola? ¿Estás en tu juicio? ¿Te has vuelto loca por ventura?

—Pero... no es para ponerse así, papaíto... ¡Si sólo he ido a una riña de gallos!—contestó Inés sin perder su gracia mimosa que hacía adorables sus más audaces travesuras.

—A la primera diablura que hagas de este género, te mando lejos.

—Vamos, papá... no te enfades... ¿Verdad que me quieres mucho?

Y aclaró su sombrío rostro con una porción de besos, deliciosamente prodigados.

Al día siguiente, su madre y su abuela la aburrieron con un largo sermón, comentando los peligros a que se expone una joven que se atreve a salir de noche sin su familia.

* * *

Inés, en días sucesivos, sin preocuparse de los discursos de su familia ni de los planes de la abuela, se lanzaba por las regiones del romanticismo con un guía bien experto: Rush Thompson, al que había vuelto a ver.

El muchacho le ocultó su profesión de Agente secreto, confesando únicamente que era yanqui y que paseaba su "spleen" por las ciudades americanas.

Para Inés ese hombre tenía el sabor de la aventura, algo así como un primer amor que hiciera vibrar su corazón.

La frecuencia con que la chiquilla salía por las mañanas, montada a caballo, para dar largos paseos con Rush Thompson, fué advertida por doña Consuelo que un día la descubrió en animada plática con el galán.

Este descubrimiento la puso fuera de sí. Si Inés se casaba con otro hombre, su proyecto de desposarla con Lavendera no llegaría a ser realidad. Le faltó tiempo para ir al encuentro de Isabel y de Hasting, y decirles:

—Acabo de ver a Inés de paseo con un joven desconocido.

—No me traiga usted más noticias, señora. Me está usted amargando la vida...

—Es que tengo razón. La muchacha va por mal camino... Si Inés no se casa pronto con Lavendera, no sé qué ocurrirá...



La frecuencia con que la chiquilla salía por las mañanas, montada a caballo...

—Es inútil que se empeñe. No permitiré nunca que se realice este casamiento.

—Pues la familia Lavendera es de la más rancia nobleza española y su hijo, José, puede aspirar a la mano hasta de una Martínez.

—Basta, señora. Estoy harto de oír siempre

la misma canción y voy a concluir por enviar a la niña a los Estados Unidos con mi familia...

—Pues yo me marcharé detrás de ella aunque sea al fin del mundo...

En aquel instante llegó Inés, alegre y con un relámpago de juventud en la mirada.

—Buenos días a todos...

Hasting habló seriamente... Ya que continuaba sin hacerles caso y se iba de paseo con un joven desconocido, la iba a enviar a Massachussets en el primer vapor. A ver si de aquel modo cambiaba...

Inés leyó en los ojos de su padre la firme decisión de no volver atrás. Y se resignó:

—Mamá, van a separarme de ti — dijo abrazando a Isabel, una de esas mujeres esclavas de la lucha entre su marido y su madre—. ¡Qué lástima! ¡Ahora que comenzaba a sentirme bien aquí!...

Al día siguiente, Inés se preparaba para el viaje que iba a emprender, sin más sentimiento que el de que allí no estaría su yanqui para acompañarla.

Por medio del hijo del colono había escrito a Rush participándole su próxima marcha. Y él le había contestado con esta carta, recibida por el mismo conducto:

Pequeña mía: No puedes imaginarte el dolor que me causa tu partida, quedándome yo en esta isla. ¿Me permitirás que te diga adiós esta noche? Estaré debajo de tu balcón a las ocho y media y silbaré. Tu devoto. Yanqui.

Ahora, próximo el momento de la cita, Inés leyó de nuevo la carta, en su cuarto. La vieja nodriza arreglaba su equipaje. Mostrando los pantalones que llevaba el día de la pelea de gallos, la criada exclamó:



Hasting habló seriamente... Ya que continuaba sin hacerles caso...

—¿No necesitará esto, Inés, en donde vamos a ir?

—No, mujer. Dámelo.—Y cogió los pantalones al tiempo que llegaba la abuelita que la

acompañaría también en el destierro.

Inés, para que no le comprometiera aquella prenda masculina, la echó por el balcón abier-to, yendo a caer precisamente sobre Rush Thompson que rondaba por allí para despedirse de la joven.

El muchacho, creyendo que aquel regalito era una previa señal, comenzó a silbar.

Doña Consuelo oyó extrañada este silbido y preguntó:

—Pero ¿quién silba cerca de aquí?

—Soy yo, querida abuelita—respondió Inés. Es muy bueno para los pulmones. Tú tendrías que probar...

Y quiso iniciar unos silbidos para disimular los insistentes de la calle.

Aprovechando un momento en que doña Consuelo y la nodriza trataban de qué otras ropas debía contener el equipaje, Inés se asomó al balcón a dar el último adiós al enamorado.

Rush se encaramó y de un salto se encontró junto a la amada.

—Espero no tardar mucho en ir detrás de ti, así es que esta despedida no es para siempre...

—¿Me quieres de verdad?

—Te adoro.

Y estampó en sus rojos labios un furtivo beso de amor.

—Inés, Inés—gritó la abuela desde dentro.

—Adiós, chiquillo. Hasta cuando sea...

Y se metió de nuevo en la habitación, mien-

tras Rush descendía más que de prisa.

—¿Con quién estabas hablando ahora?—interrogó severamente doña Consuelo.

—Con nadie, abuelita... Estaba diciendo adiós... a Cuba.

José Lavendera, que rondaba por el jardín de la casa, había presenciado la escenita de amor entre el yanqui e Inés. Le acometieron los más feroces celos. ¡Oh!, él no se había atrevido a confesar nunca su amor a la muchacha, pero la amaba, y esa pasión llenaba su vida con una fuerza poderosa...

Por la noche, en el puerto, se cargaba con todo sigilo una importante partida de ron. Lavendera, en representación de Hasting, dirigía las operaciones de acondicionamiento. Era necesario que nadie pudiera sospechar en lo más mínimo.

El patrón del barco, un robusto lobo de mar, que se encontraba en el muelle, había destapado más de una botella de ron y lo bebía tranquilamente.

Lavendera, que no permitía exceso de ningún género, se acercó a él y con malos modos le dijo:

—Deja ese licor. Yo te pago para que lo transportes, no para que te lo bebas...

Y mirándole con gesto de desprecio, continuó la inspección de las cajas que debían embarcarse.

Rush Thompson, convenientemente disfrazado, procuraba espiar los movimientos de aquella gente sospechosa.

Algunos marineros comentaron jocosamente el papel desairado del patrón.

—Te ha llamado borracho y ladrón en pocas palabras...

El patrón sonrió, y con el aire del que puede dañar a su adversario con una sola palabra, exclamó aludiendo a Lavendera:

—Ese no sabe que si yo quisiera podría "echarle a pique" su negocio.

Continuaba la carga del vino. En el barco todo era febril actividad. Se amontonaban en la bodega las cajas de madera repletas de botellas de ron.

Rush, haciéndose el encontradizo, se había juntado al grupo que formaban el patrón y algunos marineros. Rió cuando los otros estallaron en una carcajada, pareciendo un compañero más.

El patrón se iba de la lengua, comunicando a los marineros y a Rush algunos de los negocios de contrabando.

Rush sabía ya bastante. Aquel hombre, inconscientemente, le había dado preciosos informes. Y se alejó de allí, con una sonrisa de triunfo.

Lavendera, que había visto rondar a Rush, dijo al patrón:

—A ese tipo que anda por ahí no creo que se le haya perdido nada en estos lugares. Hay que quitarlo de en medio.

Y con los otros marineros lanzóse en su persecución. Pero Rush, ojo avizor siempre, pudo escurrirse saltando por los depósitos de mer-

caneías. En su rápida huida, perdió la tarjeta de identidad que recogió Lavendera, leyendo éste con el mayor asombro:

Estados Unidos de La América del Norte. Oficina de Servicios Especiales. Wáshington D. C. Rush Thompson. El Jefe del Departamento. C. Maynor.

—¡Maldita suerte! ¡Estúpido!—dijo al patrón—. Has dicho todo lo que sabes delante de un detective yanqui.

El patrón intentó disculparse.

—Calla, calla, ya ajustaremos cuentas. Ahora, en vista de que este viaje resulta peligroso, embarcaré y distribuiré la carga por mí mismo.

—Así se hará, señor Lavendera...

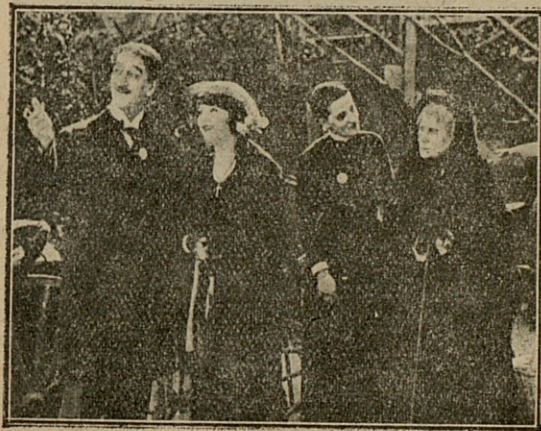
Entretanto, acompañada por su abuelita y por la criada, Inés había marchado al pueblo natal de su padre, en los Estados Unidos.

Se hospedaban en casa de Hiram Proudfoot, primo de Hastings, y socio suyo en América, en el negocio del ron. Fueron recibidas con la más exquisita de las atenciones, pues Hiram profesaba a su primo una gran simpatía por el mucho dinero que le daba a ganar...

El ron que le enviaba Hastings, lo distribuía Hiram por el país, cobrando precios exorbitantes a cambio del rico licor.

A la semana siguiente, en el principal hotel de la localidad, se alojaban unos huéspedes forasteros, bastante distinguidos. Pertenecían a la Policía y estaban bajo las órdenes de Rush

Thompson que había logrado averiguar que Hiram Proudfoot tenía algo que ver con el sucio negocio. Además sabía que el barco salido de Cuba estaba a punto de desembarcar su contrabando en las costas de esta región y había apostado inspectores de vigilancia en la playa.



Fueron recibidas con la más exquisita de las atenciones.

Salió de la fonda y encontró a los pocos pasos a Inés y a doña Consuelo que paseaban, gozando de aquella hermosa mañana.

La sorpresa de Rush fué grande al ver a Inés, su amada de Cuba. La saludó con decisión, asegurando que su viaje obedecía al de-

seo de verla... Doña Consuelo le contempló fríamente.

—Ya lo oyes, abuelita. El señor Thompson ha hecho el viaje desde la Habana, exclusivamente para vernos.

—Pues lo mejor que podría haber hecho el señor Thompson era haberse quedado en Cuba —contestó la vieja con desenfado...

Pero Rush, sin hacer el menor caso del desplante de doña Consuelo, se colocó junto a Inés, deseoso de hablar con la mujer que amaba.

José Lavendera, que había desembarcado, daba las últimas disposiciones al patrón:

—La ocasión es en cuanto anochezca. Proudfoot lo tendrá todo preparado seguramente. Voy a verle... Cuando llegue el momento empieza a descargar.

El bareo se hallaba a pocas millas de la costa esperando el instante propicio. Pero al ver la actividad que desplegaban Thompson y los varios agentes apostados en la costa, comprendió Lavendera que era necesario apresurarse.

Llegó a casa de Hiram y le dijo:

—Tenemos que desembarcar la expedición esta misma noche.

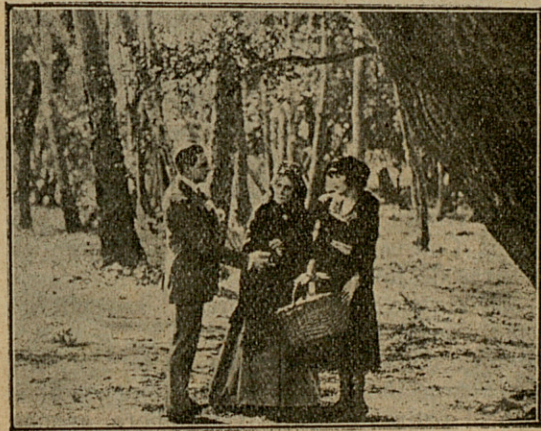
—Es que sospechan algo?

—Sí. Mi patrón charló más de lo necesario en la Habana delante de un agente norteamericano.

—¡Diablo!

Se hallaban junto a un balcón abierto que daba al jardín. Mientras tanto habían llegado

de su paseo, doña Consuelo e Inés acompañadas del joven policía. La vieja había entrado ya en la casa. Pero se despedían aún con la calma de verdaderos enamorados que nunca tienen prisa, Rush y la muchacha. Lavendera reconoció asombrado en el joven que hablaba con Inés al agente que les espía en el puerto



La sorpresa de Rush fué grande al ver a Inés, su amada de Cuba. La saludó...

de la Habana. ¡Ah, miserable! Sintió doble odio hacia él. No era sólo su enemigo, sino su rival. Ahora le reconocía también como al hombre que había visto en el balcón besándose una tarde con Inés.

—Tenemos al enemigo bien cerca—dijo a

Hiram—. Es ese que está en el jardín con Inés.

Los dos contemplaron largamente al policía. ¡Cómo le odiaban!

Pero en el jardín, Rush se olvidaba por completo de que hubiese contrabandistas en el mundo. Pensaba en la mujer amada que tenía junto a él.

—¿No podrías hacer una escapada esta noche?—le preguntó.

Vaciló la chiquilla, pero, arrastrada por el amor, contestó:

—Nos veremos allá, en la cueva, después de la comida.

Se despidieron. Lavendera salió del despacho de Hiram para hablar a Inés. Antes vió a doña Consuelo que lo recibió con grandes muestras de júbilo.

—¡Qué agradable sorpresa, Lavendera! ¡Cuánto se alegrará mi nieta!

Pero la nieta no se alegraba demasiado. Sentía una gran indiferencia hacia ese dependiente de su padre. Y así, al verle ahora, apenas hizo una exclamación de sorpresa:

—Estás completamente americanizada, Inés—le dijo el cubano sonriendo con ironía—; pero estos horribles vestidos que llevan aquí resultan hasta bonitos puestos en ti.

—Gracias.

Y José continuó, con un retintín de burla:

—Ya te he visto en el jardín con el imbécil del yanqui ese.

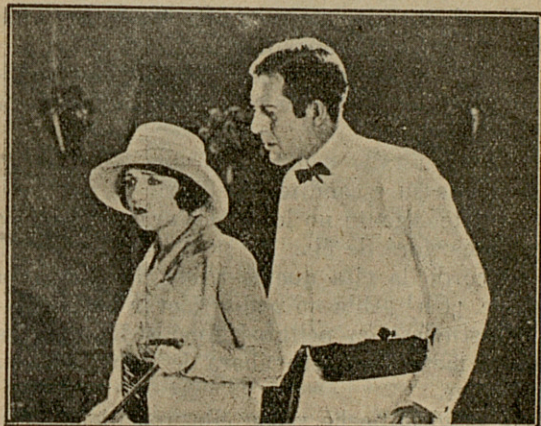
—¿Con qué derecho le injuria usted?—ex-

clamó Inés pronta a defender al amado.

—Te está tomando el pelo. Es un agente secreto de la policía americana...

—No, no...

—Sí, sí... Mira... Tu padre es vendedor clandestino de bebidas alcohólicas y Thompson te hace el amor esperando tener una ocasión pa-



—Te está tomando el pelo. Es un agente secreto de la policía americana...

ra atraparte. La emboscada es digna de un yanqui.

—¡Miente usted!—contestó sin querer dar crédito a lo que oía.

—¿Será necesario presentarte pruebas?... ¿Y ahora?

Y le mostró la tarjeta de identidad de Rush que ella tomó con tembloroso ademán.

¡Pobre Inés! Dos hechos inesperados venían a herirla. El que su padre se dedicase a negocios de contrabando y que Rush, el hombre que ella amaba, quisiera valerse de ella para traicionar al autor de sus días. ¡Ah, no, no! ¡Cuánta infamia!

Y así, cuando, un poco más tarde, oyó que Hiram decía a Lavendera:

—Esta noche no descargaremos el contrabando. El Agente ese que nos ronda me da mala espina.

ella, que estaba oculta tras una puerta, saliendo de su escondite, les dijo:

—Este Agente no les molestará; porque yo me encargaré de él...

Recordó la cita que le había dado aquella noche. ¡Oh! ¡Ella no podía tolerar que su padre estuviese en peligro! Amó a Rush hasta aquel momento, pero ahora le daba asco su proceder.

Y llegó la noche y con ella una niebla protectora. El barco iba a descargar el importante cargamento de ron. Los agentes de Thompson apostados en la costa, vigilaban...

Inés con Hiram y Lavendera se hallaba en la playa, y el cubano le daba las últimas órdenes:

—Inés. No tienes más que venir paseando hacia aquí con él... Te prometo que no le haremos daño.

Y la pobre enamorada, roto el corazón por

la amarga realidad, se dirigió a la cueva donde ya la esperaba Rush Thompson, que la recibió sonriente. ¡Oh, tenía derecho a dedicar un momento al amor! Los agentes vigilaban; él bien podía permitirse la expansión de un instante con la mujer querida.

Inés parecía distraída y caminaba rápidamente hacia las rocas donde Lavendera y los suyos esperaban escondidos.

—¿Por qué no nos paramos, Inés?

—Prefiero que caminemos. Hace frío...

Llegaron al lugar señalado. Inés se detuvo. Y con la mirada dura y los labios crispados, alargándole el carnet que había recogido de manos del cubano, la muchacha dijo a Rush:

—Si hubiera tenido más cuidado para no perder su carnet de identidad tal vez seguiría creyendo sus mentiras.

El agente quedó aterrado, sin comprender por qué causas tenía Inés aquella cartera.

—Me hizo usted el amor para atrapar a mi padre, pero ya no me tomará más el pelo, señor espía...

—¿Qué estás diciendo, Inés? No sabes...

No pudo acabar la frase. Lavendera y sus hombres, que habían salido de entre las rocas, con sendos garrotes, cayeron sobre el pobre agente que vino al suelo bañado en sangre.

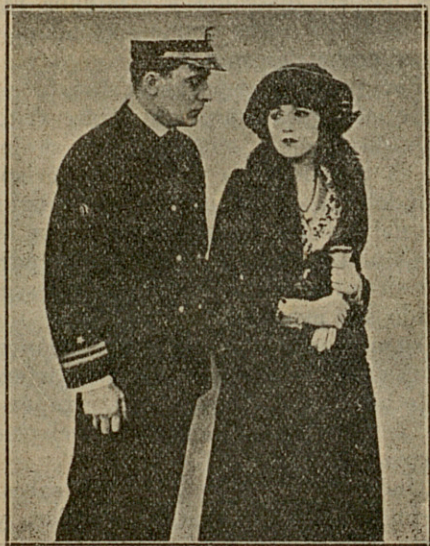
Inés dió un grito de horror.

—Me prometieron ustedes que no le harían daño...

Lavendera, con una sonrisa terrible, contestó:

—¡Bah! son cosas que se dicen... Llévadle a bordo en seguida, porque yo quiero arreglar otra cuestión con él.

Hiram, a poca distancia de allí, había ordenado que comenzase el desembarco. Los hom-



—*Si hubiera tenido más cuidado para no perder su carnet de identidad, tal vez seguiría creyendo sus mentiras....*

bres formaban en la playa largas hileras, cargados con cajas de ron.

Los agentes de Rush, agazapados tras las rocas y armados con fusiles, esperaban el momento oportuno... Y cuando vieron que se habían descargado las varias barquitas que conducían el precioso líquido, les hicieron frente comenzando una verdadera batalla.

Mientras Lavendera con Inés y el prisionero, en una barquita se dirigían a bordo del vapor contrabandista, los policías de Thompson daban buena cuenta de todos aquellos miserables. Cercados, fueron obligados a rendirse.

Tan pronto llegaron Lavendera y los suyos, el patrón ordenó que se zarparse inmediatamente.

Desde la playa, los agentes lanzaban cohetes para advertir a los buques de guerra que vigilaban la costa, la presencia del barco que debía aún llevar en su bodega una importante cantidad de contrabando.

Lavendera increpó furiosamente al patrón, diciéndole:

—Tú tienes la culpa de todo esto. Te aseguro que cuando lleguemos a Cuba te pesará no haber nacido mudo.

Habían encerrado a Rush en la cámara del capitán. La muchacha estaba horrorizada por cuanto venía ocurriendo. Dominada por repentino sentimiento, entró en el cuarto y quitó un pañuelo que tapaba la boca del agente.

Rush, verdadero enamorado, la miró con ternura, y dijo:

—Yo la perseguía por usted, Inés, no por otra cosa...

Y fué tan sincero, lo dijo con tal amor, que se conmovió el alma de la muchacha.

El cubano entró en la cámara, en los ojos un relámpago de furor.

—Ahora va a tener el gusto el yanqui ese de ver cómo nos queremos tú y yo...

Ella retrocedió asustada. Pero el malvado, bebiendo una copa de ron, dijo:

—Brindo por Inés, mi novia.

Inés había conseguido aflojar las ligaduras de Rush, y éste, con un supremo esfuerzo se levantó y quiso lanzarse contra el cubano. Pero los hombres del malvado, en acecho siempre, le amarraron de nuevo.

—¿Sigues metiendo la mano en mis asuntos? Pues voy a hacer que te cuelguen de los pulgares para que las tengas quietas.

Y sobre cubierta, le ataron las manos, suspendiéndole a medio metro del suelo. El sufrimiento era horroroso. Inés estaba aterrada ante los instintos brutales de Lavendera.

—¡Déjele! Es usted un criminal...

—¡Ah! ¿le compadeces?... ¡Es que le amas todavía?... Pues has de verle morir ante tus ojos...

—¡Malvado, malvado!

—Y has venido conmigo porque serás mía... ¿sabes?... tan pronto haya muerto ese Thompson...

Inés, con un repentino impulso de salvación, cogió un farol encendido y lo alzó ante el mar como solicitando socorro.

—Necesitarías una luz mucho más potente

que ésta para pedir auxilio...

Ella, desesperada, lanzó a gran distancia el farol con tan mala fortuna que cayó en la bodega abierta.

—Lavendera se ha vuelto loco—dijo Inés suplicante al patrón y a los marineros—. Si le dejáis que mate al Agente, os ahorearán a todos...

El instinto de conservación pudo más que la crueldad innata en aquellos hombres. Desoyendo los consejos de Lavendera, libraron a Rush del horrendo suplicio.

Pero el fuego iniciado en la bodega tomaba un incremento violento. Prendía con rapidez el alcohol, levantando fantásticas llamaradas. En vano algunos tripulantes pretendieron apagarlo.

Lavendera y Rush se encontraron frente a frente.

—¿Te han dejado libre, infame?—dijo el cubano—. ¡Te odio porque eres el hombre que me robaste el amor de Inés! ¡Quiero tu sangre, malvado!

—¡Ven por ella, ladrón, asesino!...

Se entrelazaron con odio de fieras, satánico. Inés rogaba mentalmente. Tras de una corta lucha, cerca de la boca llameante de la bodega, roja como una hoguera infernal, Rush desprendióse de los brazos del cubano y con un soberbio golpe lo hundió en aquel mar de llamas. ¡Castigo de Dios!

—¡Inés! ¡Inés! hemos de salvarnos...

Saltaron al mar nadando largo rato con la

ayuda de un salvavidas. El barco incendiado era ya una montaña de fuego... Un buque de guerra que seguía la pista, atraído por los cohetes que los policías de Rush habían lanzado desde tierra, salvó a gran parte de la tripulación que luego quedó prisionera.

Rush e Inés fueron también recogidos por el buque. Aclarada su personalidad, los oficiales de la marina norteamericana les prodigaron exquisitas atenciones y cuidados. Todos querían servir a Inés, se desvelaban por ellos con galantería de hombres de guerra.

Cuando quedaron solos en la cámara, Inés sonriente, después de pedir perdón a Rush, le dijo:

—Y bien, señor policía secreto, ¿qué va a hacer usted ahora?..

—Convencer a tu padre para que renuncie a dos cosas: al negocio a que se dedica y a ti...—contestó mirándola con pasión.

—¡Ay! ¿Qué va a decir mi abuelita?

Y mientras el buque les conducía al puerto, ellos se arrullaban mecidos por el amor...

FIN

Prohibida la reproducción. Revisado por la censura gubernativa

Con esta novela culja un ed la porta-otrequito de CONRAD VEIDT

Próximo número: ESPECIAL. — La magnífica novela,
Mujer; guarda tu corazón

Insuperable creación de PAULINE FREDERICK,
Lew Cody, May Mac Avoy, Mary Carr, etc.

No deje de comprar esta hermosa novela.—Precio: 50 cts.

